

PRESENTACIÓN

La oposición política al franquismo en la Universidad

The Political Opposition to Francoism at the University

Alberto Carrillo-Linares
Universidad de Sevilla

DOI: <https://doi.org/10.20318/cian.2020.5426>

Las aportaciones factuales y las reflexiones sobre el papel que la juventud en general y los estudiantes en particular han jugado en la Historia no son nuevas. Sin necesidad de realizar un repaso historiográfico en torno al tema, para cualquier lector interesado es fácil localizar referencias bibliográficas de las muchas que hay, para toda la etapa contemporánea y para prácticamente todo el mundo: desde sus orígenes, con las revoluciones liberal-burguesas y los movimientos de independencia y nacionalistas asociados, hasta el movimiento de los indignados y el 15M, pasando por las revoluciones de 1830 y 1848, el ascenso del liberalismo, el socialismo o el fascismo, etc., la juventud se convirtió en un potente agente de lucha política.

En España, la Universidad y los universitarios, no quedaron a la zaga, y así tanto estudiantes como docentes participaron activamente en los diversos movimientos sociopolíticos que jalonan el mundo contemporáneo y actual: los batallones de estudiantes movilizados en la Guerra de la Independencia, su apuesta por el liberalismo más avanzado, republicano y democrata, su vinculación con el desarrollo de corrientes intelectuales de gran efervescencia ideológica, como el krausismo; y, de forma mucho más explosiva y continuada, durante el siglo XX: oposición a la dictadura de Primo de Rivera,

implicación en el debate sobre monarquía y república, actuación en la guerra civil o su actitud en la lucha contra la dictadura de Franco.

En efecto, desde las revoluciones decimonónicas, que estimularon la iniciativa y el espíritu emprendedor y arriesgado, la juventud adquirió una envergadura política incuestionable, especialmente visible en la enorme movilización que le afectó en los años veinte y treinta del siglo XX, ya con cierta extensión del sufragio universal (masculino). Sindicatos, partidos, asociaciones, organizaciones estudiantiles, fueron verdaderas maquinarias de encuadramiento y movilizadoras donde militaron jóvenes desde muy temprana edad; fueron uno de los canales de expresión de la protesta, aunque no el único. Aquellos movimientos se nutrieron de los espacios obreros y campesinos (dada la temprana fecha de ingreso en el mercado laboral) y estudiantil. Parte de esa energía la recuperó la juventud de los años sesenta y setenta, como si de ciclos de movilización se tratara, tras un periodo de recesión social. En medio quedaron los más pacíficos años cuarenta y cincuenta, como volvieron a serlo, siempre de manera relativa, los años ochenta y noventa.

De otro lado, también disponemos de estudios sobre el franquismo y el antifranquismo, muchos más que sobre la juventud. Durante algún tiempo fue uno de los temas estrella en la historiografía, nacional y extranjera, por lo que la dictadura, en sus rasgos fundamentales, se conoce bien. Falta en ocasiones poder concretar, descender un poco al análisis de casos mediante el uso de la documentación apropiada. Ésta se encuentra depositada en diversos archivos e instituciones, con el acceso muy restringido, o vetado en la práctica, a los investigadores: Fundación Francisco Franco, fondos policiales, servicios secretos y de información, embajadas y delegaciones en el exterior, consejos de ministros, fondos judiciales, correspondencia institucional, por citar algunos. Se trata de una anomalía del sistema, como mínimo del sistema de archivos, y como máximo de una parte del mismo sistema democrático que debería solucionarse con celeridad: el derecho al acceso a la información (archivos), para cumplir con nuestra obligación social, está contemplado en la Constitución de 1978 (art. 105b), como una de las múltiples formas de participación ciudadana propia del sistema democrático que regula, y que permite la formación de la opinión en base a un conocimiento certero, cabal y riguroso de nuestro pasado.

En tercer lugar, sobre la historia de la Universidad española durante el franquismo hay mucho menos publicado y la mayor parte se centra en el universo estudiantil o su lucha política. Pese a que se han hecho algunos buenos trabajos a nivel de local (hay estudios generales o parciales para Barcelona, Granada, Madrid, Oviedo, Santiago de Compostela, Sevilla o Valencia) sigue faltando una historia general del movimiento estudiantil antifranquista por-

que la meritoria monografía de Hernández Sandoica, Ruiz Carnicer y Baldó (2007) seguía estando centrada básicamente en la dinámica de Barcelona y Madrid, que aunque fundamentales, no completaban el mapa universitario español, sus particularidades y evolución. Para tener esta perspectiva nacional es necesario reflejar la periferia, articulada según sus parámetros y encajada en un marco mayor.

Si ya existen trabajos sobre el movimiento estudiantil antifranquista, ¿qué sentido tiene, entonces, este dossier? Además de las nuevas interpretaciones, temáticas y datos originales aportados en los diferentes trabajos, el dossier pretende, desde un nivel micro, sugerir un posible modelo para el desarrollo de una historia general (a nivel nacional) del movimiento. Para ello se presentan diversos tipos y enfoques de investigaciones sobre el movimiento estudiantil en aquellos años que, complementaria y concurrentemente, podrían dar lugar a un modelo operativo para otras escalas y que permitiría proyectar luz en ámbitos desconocidos o responder a cuestiones no formuladas aún para estas pesquisas históricas en investigaciones anteriores. En base a este objetivo, los artículos se dividen en dos grandes bloques: temáticos y geográficos. Desde el punto de vista temático, nos podríamos aproximar al estudio del movimiento a partir de cuestiones concretas, como la literatura o música consumida, cuestiones de género, estructuras orgánicas, represión, problemas académicos, huelgas y otros conflictos, Colegios Mayores, construcción de identidades, relaciones internacionales, clandestinidad, relaciones con docentes, prensa y propaganda, redes informales de relación, etc.

En esta ocasión, para ejemplificar varias de estas posibles líneas de desarrollo se atenderá a tres aspectos transversales: la represión, su uso y evolución; la mujer, considerada como sujeto político activo; y los medios de comunicación estudiantiles, a través de las muchísimas publicaciones que se distribuyeron por los claustros universitarios; y además, en este caso, se hace a través de un estudio comparado, que también podría ser válido para una historia nacional. Por otro lado, los artículos de atención geográfica focalizan su estudio sobre dos zonas, Galicia, con una sola Universidad (Santiago de Compostela) y Andalucía, con dos distritos, Sevilla y Granada. Con el paso del tiempo se fueron ampliando los distritos con la implantación de los Colegios Universitarios lo que dilató también la cultura y las organizaciones conestatarias (Málaga, Almería, Jaén, Cádiz, Córdoba y Huelva). Se estudia el desarrollo del movimiento estudiantil de una manera diacrónica, pero también se atiende a cuestiones temáticas, como la importancia de algunos docentes en la construcción y reforzamiento del movimiento de protesta liderado por los jóvenes universitarios.

Las onomásticas son oportunas ocasiones para rescatar temas históricos y suelen marcar un punto álgido en la curva bibliométrica de la producción. El atractivo que sigue despertando el mítico Mayo francés de 1968 hace que sus ondas vibren cinco décadas después: trabajos académicos, periodísticos y literarios han proliferado con ocasión del reciente cincuentenario. De nuevo han vuelto a la palestra las preguntas de siempre aderezadas con las respuestas comunes. Hay excepciones, quizás sobre el conocimiento del impacto del 68 en diversos países. Lo que, en cualquier caso, ha dejado de manifiesto es que el tema del movimiento estudiantil sigue despertando interés.

Se pretende arrojar alguna luz sobre la historia de la oposición política en la Universidad durante la dictadura de Franco, aproximándose a la misma desde diferentes enfoques, ilustrando el potencial que sigue teniendo un objeto de estudio que si no ha sido nunca estrella al menos tampoco ha estado completamente olvidado. Son plurales maneras de enfocar un tema, a partir de varios supuestos que, combinadamente, permite obtener una imagen mucho más nítida, completa y precisa del motivo histórico en cuestión.

Eduardo González Calleja se enfrenta al problema desde el análisis de los mecanismos represivos de los que dispuso el Estado y su aplicación, evolutiva, al cabo de los años. Para ello parte de un marco teórico heredado de la sociología, estadounidense principalmente, y desde la óptica del marco de oportunidades políticas, analiza la tendencia del Estado a aplicar medidas correctivas, ya sean de atracción (“incentivos positivos”) o coerción. Se procura “establecer una conexión entre las estrategias predominantes de control social por parte del Estado y los cuatro períodos significativos en que podría dividirse la historia de la movilización estudiantil durante el franquismo”, en palabras del profesor. La intensidad, la extensión y el tipo de medidas dependieron de la propia fortaleza del régimen y de la evolución de su oposición. Primero tuvieron que ser medidas represivas de respuesta y tras 1968, con el “rearme autoritario”, pasaron a ser anticipatorias. Hubo zonas de semitolerancia, que el movimiento supo explorar con astucia.

En el artículo se van analizando las diferentes etapas y sus características desde el punto de vista de la represión, aunque en este terreno falta realmente mucho por saber y por ahí deberían avanzar investigaciones futuras puesto que no se tiene, por ejemplo, un cómputo general de la represión; se desconoce, de manera sistemática y a escala nacional, la dimensión y las particularidades de la represión franquista en la Universidad. Nada se ha estudiado de las formas de represión de baja intensidad, ni de las consecuencias generales de las medidas académicas disciplinarias; no hay un balance de estudiantes detenidos o sancionados, ni nada se ha trabajado sobre la repre-

sión, vía militar, de los estudiantes más combativos; ni se ha podido calcular el montante de las multas impuestas o determinar los días de privación de libertad sufridos. Como se decía antes, nos falta el acceso a los registros y fuentes imprescindibles. De momento, González Calleja nos ofrece un modelo; ahora necesitamos los datos precisos.

Mónica Moreno Seco moderniza los estudios sobre el movimiento estudiantil incorporando el componente de género, muy olvidado en los estudios sobre la temática, combinando tres variables: clase, género y edad. Existen numerosas referencias en los estudios de casos publicados como para obviar la dimensión, tan grande como el desconocimiento, del asunto. Progresivamente habían ido apareciendo nombres, hechos, referencias a publicaciones y asociaciones feministas en los ámbitos universitarios. Faltaban –y sigue faltando porque lo que se hace es abrir una puerta a un universo poco indagado– estudios monográficos sobre el papel de la mujer en el movimiento estudiantil. El sugerente trabajo de Sergio Rodríguez Tejada, para el caso valenciano, aparecido hace dieciséis años cayó como gota en océano. De la explosión de estudios de género se ha beneficiado en esta ocasión el movimiento estudiantil.

Resulta sorprendente que, con el enorme empuje que ha tenido la historiografía de género en las últimas décadas, apenas hayan fijado el ojo los y las historiadoras en la militancia política de las jóvenes universitarias. La dificultad en el acceso a los archivos se puede suplir parcialmente, como muy bien se hace en el trabajo de Moreno, con las fuentes orales. Los testimonios de las mujeres son especialmente valiosos por lo que urge su rescate y preservación, máxime si tenemos en cuenta la limitada vida de los y las informantes. La relevancia que tuvo en muchas mujeres el paso por la universidad para explicar la incorporación a la lucha política es un motivo más que suficiente para reconstruir esas trayectorias vitales, como sugiere la propia autora. La actividad clandestina y de oposición cobró una dimensión especial en el caso de las protagonistas femeninas que tuvieron que luchar contra un sistema político, pero también contra un modelo de valores sociales de rancio carácter machista. Siguiendo a John S. Mill en su defensa de la libertad individual y de la mujer, ésta tuvo que librar una batalla contra una dictadura política pero también, y no menos, contra otra, más sutil y perversa, la tiranía de las opiniones sociales. Ello hizo –y pienso– que esta es una de las cuestiones más interesantes del texto y que debería seguir investigándose que las relaciones entre los militantes no fueran exactamente horizontales, ni se asumieran los mismos tipos y grados de responsabilidad en la lucha contra la dictadura en la Alma Máter: el hecho biológico de ser mujer fue un

condicionante, de ahí que escriba que “muchas mujeres en la movilización universitaria [militaron] aunque no fuera en condiciones de igualdad con los hombres”. Por esta vereda abre la autora otro ámbito de estudio, centrado en la percepción de género de la desigualdad: “las mujeres experimentaron a veces indignación ante las prácticas discriminatorias, y alegría al transgredir los límites, lo cual remite a la necesidad de incorporar la perspectiva de género al estudio de las emociones”.

Además, la variable social en la procedencia de las estudiantes también influyó, aunque en este caso pienso que el problema fue idéntico para los varones: “la gran mayoría de las estudiantes universitarias procedían de familias de clase media o incluso de estratos privilegiados (...), [pero] en unas culturas políticas que mitificaban el mundo obrero, eran minusvaloradas como sujetos políticos”. En algunos casos, excepcionales por lo demás, las mujeres –universitarias– consiguieron escalar posiciones en las estructuras de los partidos políticos antifranquistas, de orientación obrera, como Pina López Gay o Pilar Brabo, pero creo que es necesario añadir que en sus casos apenas plantearon debates de género en sus respectivas organizaciones.

El trabajo de la profesora Mónica Moreno pone en evidencia la fecunda tarea de oposición política de las mujeres, que se implicaron de lleno en los debates sobre el fin del SEU y, sobre todo, desde la época del Sindicato Democrático, a partir de 1966, ocupando cargos de representación, colaborando en la confección o el reparto de propaganda, participando en la ocupación simbólica de espacios públicos, proletarizándose, dinamizando los activos comités de curso, o el posterior movimiento de los PNN. Cuando pueda realizarse un balance riguroso y general de la represión sobre el movimiento estudiantil durante el franquismo –algún día se podrá– se comprobará fehacientemente con datos precisos el nivel de compromiso adquirido por las mujeres.

Fueron partícipes de una subcultura juvenil de la contestación de origen universitario, y, en ese sentido, bebieron de las mismas fuentes que sus compañeros: lecturas, influencias filosóficas, música, liberación sexual, tipos de consumo y moral, etc.; de ahí que, todo lo que tiene que ver con la construcción de identidades cobre un especial valor. Por esta vía se fue institucionalizando el movimiento feminista en los albores de la dictadura con la aparición de diversas organizaciones ya de marcado carácter identitario a las que alude el artículo (AMU, AUM, AUPEPM, etc.). La democracia posterior no sería posible sin las políticas de igualdad social, pese a que los movimientos de oposición previos en los que militaron las mujeres, como el estudiantil, no hubieran incluido reivindicaciones de género en sentido estricto. Pero fue un fabuloso espacio de educación cívica y de participación política de enorme trascendencia.

Estas organizaciones de mujeres asumieron la necesidad de disponer de órganos de expresión propios, algo que fue una de las características generales del movimiento estudiantil: la proliferación, hasta la extenuación, de la propaganda en los campus. Desde las octavillas y panfletos, hasta los carteles murales, las pintadas, pasando por los Boletines Informativos, las revistas, etc. Fue extraordinariamente fecundo el movimiento estudiantil en la producción de este tipo de literatura gris, muchas veces de difícil localización en la actualidad, por el riesgo que entrañaba o podía entrañar la posesión del material, en muchas ocasiones considerado subversivo. Un movimiento que no dispone de vías de expresión en la dictadura está muerto socialmente y la manera de hacer saber la existencia de un colectivo es mediante la propaganda impresa. La efervescencia política –por centros, organizaciones, periodos, universidades, proyectos sindicales, etc.– se transformó en un completo mundo editorial que no puede quedar al margen de las investigaciones y no sólo como fuentes en sí. Las hubo legales, alegales e ilegales; vinculadas con el SEU y con el Sindicato Democrático; de partidos políticos con presencia en la Universidad (éstas fueron, lógicamente, siempre ilegales) que editaron cabeceras destinadas en exclusiva a este ámbito; y también de estudiantes inquietos y que se pensaban para sus respectivos centros, aunque luego circularan por toda la Universidad.

El trabajo de Guadalupe Seia se sumerge en ese universo, analizando la importancia de la propaganda y de los instrumentos de transmisión de información, estableciendo una “caracterización general de las experiencias editoriales de los estudiantes universitarios”. Y además lo hace desde una perspectiva comparada entre las dictaduras argentina y española, identificando los puntos de coincidencia, pero también de divergencia, considerando una variable básica en su análisis: si se trataba de revistas “desde arriba”, esto es, impulsadas y reguladas por el régimen, o “desde abajo”, posibles por la acción estudiantil autónoma. Demuestra que, unas y otras, mantenían una relación de necesidad puesto que se retroalimentaban para darse respuesta entre sí.

En España, salvo algunos casos aislados, el surgimiento de las revistas “desde abajo” fue tardío, sobre todo a partir de 1956, más de tres lustros después del fin de la guerra, mientras que las revistas “desde arriba” circularon por las Universidades desde recién terminado el conflicto bélico. Por su lado, a partir del caso de la Universidad de Buenos Aires, Seia fija 1977 para aludir a la aparición de las revistas “desde abajo”, y 1980 para las impulsadas por el Estado; éstas últimas, en realidad, vieron la luz para contrarrestar el efecto de las publicaciones más críticas con el régimen de Videla. Realmente, si se piensa, el tiempo transcurrido desde la implantación del llamado Proceso de

Reorganización Nacional de la dictadura cívico-militar en Argentina (1976) y la aparición de la oposición más o menos activa en la Universidad, expresada a través de estas revistas, fue muy breve, habida cuenta de que las dictaduras en los primeros momentos, en los que se tienen que asentar, suelen mantener una política represiva de altos vuelos (como de hecho ocurrió en el Cono Sur). Un hecho es determinante para explicar esta diferente dinámica y tiene que ver con la naturaleza de las diversas dictaduras, su origen y el contexto histórico y geopolítico. En Argentina no tuvieron una guerra civil como en España en 1936, con la consiguiente represión posterior alargada durante años, lo que permitió a la oposición argentina organizarse antes.

Por lo demás, la suerte de las revistas estudiantiles más combativas, en España y Argentina, fue muchas veces similar: grandes dosis de voluntarismo, tiradas irregulares, calidades técnicas limitadas, inestabilidad, fragilidad, difusiones reducidas, etc. Sólo las dependientes de los partidos más consolidados mantuvieron una cierta periodicidad en sus tiradas y, en ocasiones, registraban mejores niveles de calidad editorial, puesto que se beneficiaban de los más sofisticados aparatos de propaganda (multicopistas eléctricas, etc.). La mayoría se confeccionaban de manera bastante artesanal y precaria, pero esto no impidió, a ningún lado del Atlántico, que cumplieran sus múltiples funciones: informativas, de contraste y crítica, de socialización, etc. En palabras de Seia, además de espacios de expresión en el sentido estricto, se pueden considerar como un “espacio de socialización, debate y organización alternativos a los autorizados (...) al margen de la dicotomía «consenso-resistencia»”. La orientación de los contenidos solía ser bastante similar, ajuntándose a sus coordenadas específicas: noticias, collages de recortes de prensa, artículos profesionales, entrevistas con personalidades y profesores más o menos afines, cuñas literarias, etc.

Finalmente, el segundo bloque de artículos, en los que se cruza alguna información sobre aspectos temáticos ya referidos, pretende cubrir espacialmente el objeto de análisis. Se han seleccionados dos casos con particularidades diferenciadas, pero con lógicas similitudes: el gallego y el andaluz. Disponemos ya estudios monográficos sobre Madrid (Álvarez Cobelas, 2004; Valdevira González, 1992 y 2006), Santiago de Compostela (Gurriarán Rodríguez, 2010); Sevilla (Rubio Mayoral, 2005; Carrillo-Linares, 2008); Valencia (Rodríguez Tejada, 2009); y otros que, aunque conocidos, merecerían una actualización a la luz de las nuevas fuentes y enfoques historiográficos, como Barcelona (Colomer I Calsina, 1978). Pero siguen faltando análisis en profundidad de muchas regiones, distritos, universidades o incluso periodos: Bilbao (con Valladolid), Navarra, Asturias, La Laguna, Oviedo, Zaragoza.

El estudio del caso de Santiago de Compostela corre a cargo de Ricardo Gurriarán Rodríguez que analiza el origen y desarrollo de la disidencia universitaria entre 1939 y 1969, introduciendo una variable relativa al papel del profesorado, como se sabe, uno de los colectivos que más sufrió la depuración. El texto rompe con algunas ideas heredadas y aporta novedades interesantes para comprender las diversas dinámicas del movimiento estudiantil por distritos. Por ejemplo, defiende que hubo cierta continuidad en la cultura de oposición entre generaciones: republicanos y galleguistas sirvieron de inspiración a los estudiantes compostelanos que, a través de redes informales de relación, constituyeron las bases primarias de la oposición en la Universidad, vertebradas a partir de tertulias, charlas, reuniones en casa de profesores, etc. Y pone nombre y rostro a los docentes más comprometidos en aquellas tareas clandestinas. Pienso que el papel de algunos profesores, en comunión con los estudiantes más avanzados social y políticamente, no ha sido suficientemente señalado. En el artículo relativo a las universidades andaluzas se plantean igualmente estas cuestiones a lo largo de tiempo. El movimiento de los PNN, en los años setenta, fue el resultado de aquella actitud combativa desarrollada entre el estamento docente.

A diferencia del caso andaluz, en el gallego, como perfectamente refiere Gurriarán, existía una variable galleguista de gran potencia cultural, que entroncaba directamente con el pasado anterior a la guerra. El componente nacionalista (como en el País Vasco, Barcelona o Valencia) fue un ingrediente particular en la lucha contra el franquismo, reforzando una base cultural disidente (poesía, conferencias, concursos, traducciones, etc.) y los mecanismos de identidad. De aquí surgió la propuesta política nacionalista de los años 60-70, que contó desde 1958 con una plataforma cultural, Brais Pinto, puesta en funcionamiento en Madrid. Como en el resto de universidades (y así se señala para los casos andaluces), la actividad cultural fue verdadera levadura del movimiento de protesta política. Por ello, en el estudio de ambos casos, gallego y andaluz (como podría serlo para cualquier otro distrito), la actividad cultural aparece por doquier (recitales, revistas, teatro, música, poesía, conferencias, editoriales, etc.), entendida como frente de lucha y aglutinante del movimiento. Y ello lo relaciona Gurriarán con acontecimientos de oposición concretos, como los incidentes en las Fiestas Minervales (1963). Y desde el punto de vista factual, se arrojan nuevos datos, como los relativos a la tímida actividad de la FUE en 1942, las acciones del titulado Comité de Estudiantes Universitarios (1948-49) que lanzó propaganda en gallego, las primeras manifestaciones de protesta en 1954 o las desconocidas noticias sobre el escrito de solidaridad remitido por varios catedráticos al ministro de Educación con

ocasión de las sanciones a cinco profesores en 1965 (Aranguren, García Calvo, Tierno, Aguilar Navarro y Montero Díaz).

Finalmente, la aproximación al caso andaluz, firmada por mí, se hace atendiendo a las universidades de Granada y Sevilla, así como a centros y colegios universitarios de ellos dependientes, ubicados en otras provincias (Málaga, Cádiz, Jaén, Almería, etc.). Aunque los hechos eran únicos, la lectura contrastada con el texto sobre Santiago, desvela las coincidencias que unían por un cordón umbilical a toda la oposición política en la Universidad. De nuevo se hace palpable la importancia de los contextos de micromovilización, la relevancia de los Colegios Mayores y de los pisos de estudiantes, la presencia de las organizaciones políticas competitivas, la función de la prensa que dio cobertura informativa a los incidentes estudiantiles (*La Voz de Galicia* y *El Correo de Andalucía*), la importancia de los *paracas* (estudiantes expedientados que iban de un distrito a otro con su experiencia de lucha), los vínculos con el movimiento obrero (con casos de impacto nacional, como el Proceso 1001), el dinamismo de las publicaciones estudiantiles, la represión, el papel del SUT, los cine clubes, el TEU, o la participación de sectores católicos disidentes que desde mediados de los sesenta favorecieron los organismos unitarios interfacultad, como ADES (Sevilla) o ADE (Santiago), antesala del proyecto del Sindicato Democrático, por poner sólo algunos ejemplos. El trabajo sobre las universidades andaluzas, que alcanza hasta la muerte de Franco, pone de relieve la ultrapolitización vivida en el último lustro y la veloz extensión de la cultura de la protesta, generacional, orgánica y territorialmente. El crecimiento de la población estudiantil, que obligó a la apertura de nuevos centros, fue el canal inevitable por el que se siguió extendiendo la oposición universitaria, con estudiantes y profesores en la misma batalla final.